

La Sayén

Ustedes no conocieron a la Sayén. Yo tampoco la conocí mucho. En el fondo lo mejor era que ni ustedes ni yo la conociéramos tanto. La vi nacer. La vi llegar al mundo. Y vi a los doctores preocupados porque no lloraba. Yo no me preocupé. Obviamente no iba a llorar de inmediato, era hija mía. En mi familia, jamás hemos llorado por cualquier cosa. Mucho menos por nacer.

Los noticieros jamás hablaron de ella. Nunca salió en la tele ni nada, probablemente los periodistas no se interesaron (o no los dejaron interesarse). Y fue bueno. De haber salido en alguna parte, podrían habérsela quitado a la mamá. Y no creo que haya algo peor que no tener a la mamá. Sea como sea, esté como esté, es la mamá. Se desesperaba cuando lloraba, es verdad. Yo también me desesperaba y la zamarreé algunas veces. ¿Quién podría no haberse desesperado?, ¿quién podría mantener la calma ante tanto llanto?

Yo alcancé a ver sus primeros pasos. Y sus primeros porrazos, también. Una vez salimos al patio y ahí estaba llorando en el suelo con la cara llena de tierra. Se enojó la Estefy y le pegó. Andaba un poco pasada ese día, nada del otro mundo en todo caso. La mamá de la Estefy se metió y le dijo que no podía nah pegarle a la cabra chica. La Sayén lloraba no más. La Estefy salió y no volvió como en tres días.

Yo me perdí varias veces también, no sabría decir cuánto tiempo. ¿Habría sido una semana?, ¿habrán sido dos? Cuando volvía, la Sayén a veces no me reconocía al tiro. Asumo, por lo mismo, que tampoco me echará tanto de menos... mejor. No sé quién la cuidó esos días que yo ni la Estefy estuvimos. Supongo que la abuela. Era mal genio la vieja, pero adoraba a la lindura.

Yo no conocí a mi papá. Mi mamá creo que tampoco lo conoció mucho. Habló un par de veces sobre él, pero no coincidían las historias. El papá del Jordi, el más chico de mis

cuatro hermanos, fue como mi papá. Le gustaba tomar y era medio agresivo, pero buena gente. Siempre me decía que la vida era una mierda, pero sólo para los pobres, y que nosotros siempre seríamos pobres, porque Dios así lo había querido. Lo dejé de ver como a las doce o trece años.

Así como yo lo tuve a él, espero que la Sayén, con el tiempo, también tenga a alguien. Me dijeron que ya habían visto a la Estefy con otro mientras yo estaba acá. Me preguntaron si quería cobrar y dije que no. Que ya saldría en algún momento y ahí vería qué hacía. Me interesa que no le haga nada malo a la Sayén no más.

Cuando vinieron por mí, yo ni me acordaba del asalto que mencionaban. Había sido unos cuatros años antes. Ahí me dejaron con firma, pero nunca fui. Finalmente salió la sentencia por cinco y uno. Cinco y uno por una tele y otras cuestiones a las que no les sacamos más de cien lucas. Me citaron varias veces, según ellos, y ni supe. Yo ya estaba en otra cuando me fueron a buscar. Pero no bastaba con estar en otra.

No vi a la Sayén ese día, ni nunca más. El día anterior tampoco la había visto. En realidad no sé cuándo fue la última vez que la vi. No tengo un último recuerdo con ella. Tengo una imagen en mi mente que es de ella riéndose, es algo difusa, y no sé si la vi realmente o era una foto. Cuando la Sayén se reía, todos nos reíamos. Nunca había conocido a nadie que alegrara la vida como la Sayén. Nadie me alegró a mí la vida tanto como la Sayén.

La Estefy me vino a ver varias veces, pero nunca la trajo. Decía que pa qué. Y tenía razón. Me contaba que estaba bien y que ya sabía decir *tata* y *mamá*. Aunque en realidad dice *mama*, me explicaba, marcando la acentuación. Y me aclaraba que tampoco era que le dijera a ella *mama*, sino que lo decía así como por decir algo, a cada rato. Me mostraba fotos en un celular que metía fondeado. Se veía preciosa.

La última vez que me vino a ver me dijo que ella no quería que cuando saliera tuviera contacto con la Sayén. Que ella quería otra cosa para su hija. Nos pusimos a gritar y vino un gendarme. La Estefy salió corriendo. Esa fue la última vez que la vi a ella. Era un 8 de octubre.

Luego de eso ya nada fue importante. Ni siquiera salir luego. ¿Para qué? Sólo quedaba vivir. Y no era cosa fácil. Había que luchar por un lugar para dormir, que no estuviera tan húmedo, que no estuviera tan sucio. A mí me gustaba echarme en alguna parte, cerrar los ojos y recordar a la Sayén riéndose, capturar su carita para que nunca se me olvidara, pero siempre había alguna pelea afuera que me sacaba de mis pensamientos y me devolvía a la realidad.

Ese 7 de diciembre me quise dormir con la sonrisa de la Sayén en mi cara. También con la de la Estefy. Había sido chueca conmigo, pero igual la extrañaba. Me di cuenta que al día siguiente serían dos meses que no la veía y que no sabía nada de ellas. Comprendí que así no quería vivir. Solo, encerrado, sin la Sayén y sin la Estefy nada valía la pena. Lo mejor era dejar de vivir. Sentí que me faltaba el aire, me desesperé. No me pude quedar dormido en toda la noche. ¡Quería tener a la Sayén conmigo!, ¡quería tener a la Estefy y tocarla!

Estaba golpeando una muralla cuando escuché gritos de pelea. Otra más, pensé. De pronto vi humo. Miré para allá y para acá. No había por dónde salir. Y me quemé. Me quemé odiando al mundo. Me quemé odiando mi pobreza. Me quemé odiando esas rejas que no me dejaron salir. Me quemé gritando. Me quemé exigiendo que abrieran esos portones, que yo quería ver a la Sayén. Que yo quería ver a la Estefy. Que yo quería ver a la Sayén. Yo quiero ver a la Sayén. ¡Hija!, ¡hija!, yo te quería ver.

Pancho